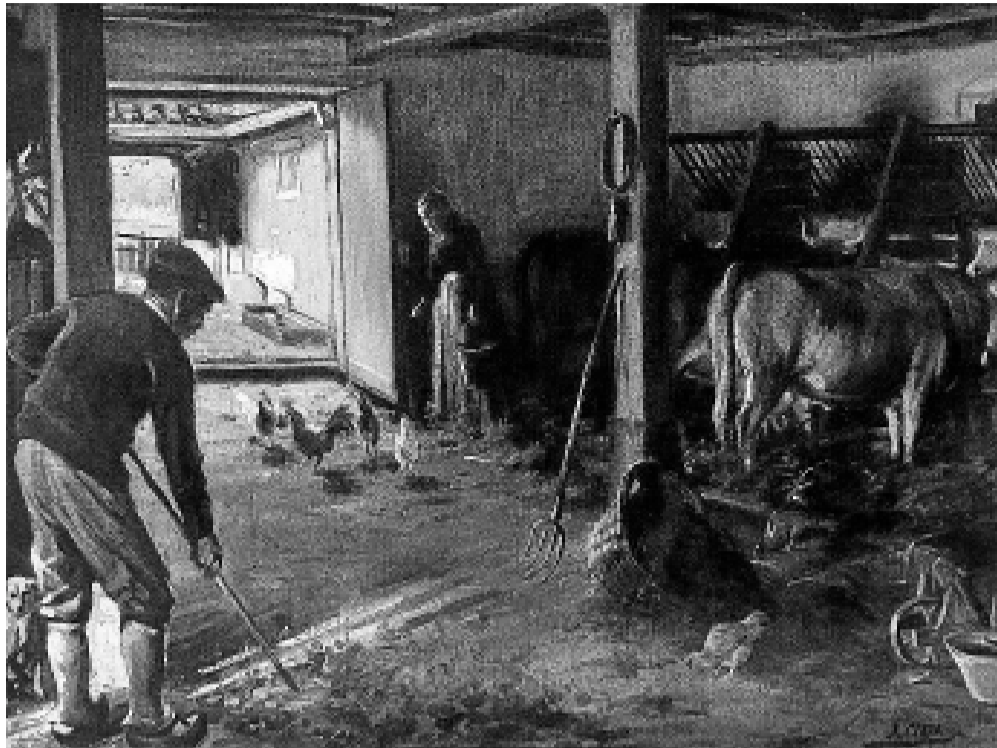


'Beitegi. Un establo basco', uno de sus juegos extraordinarios de luces y de sombras.



Debajo, 'Autorretrato' del pintor.



'Hiletatik-De rogar por el difunto'.



Tras su precipitada salida de París por causa de la I Guerra Mundial, el pintor Javier Ciga inauguró exposición en el Palacio de Navarra. El martes, 22 de diciembre, se cumplen cien años del gran acontecimiento artístico en Pamplona.

Un reportaje de Pello Fernández Oyaregui Fotografía Fundación Ciga/Juan Mari Ondikol

Cien años de la primera de Ciga

Tras la precipitada salida de París debido al estallido de la I Guerra Mundial, y la consiguiente ruina de su mecenas Nicanor Urdampilleta, Ciga vuelve a su tierra. Tiene que encauzar su carrera y adaptarse de nuevo al panorama artístico de la vieja Iruña. Está en uno de los momentos álgidos de su carrera, avalada por el triunfo parisino y por su repercusión en la prensa y sociedad navarra.

París era la capital del arte, del librepensamiento, meca del cosmopolitismo. Ejercía un poder de seducción y embrujo universal únicos. Cuando Ciga llegó a París en 1912, el devenir artístico vivía uno de sus momentos más interesantes, Academicismo, Impresionismo, Postimpresionismo, así como las primeras vanguardias, que culminarán con la abstracción, pugnaban entre sí. Nuestro pintor tuvo la suerte de vivir esta realidad, asistió a las

academias más importantes del momento –Julian, Grand Chamrière y Colarossi–, participó de estos presupuestos renovadores, pero sin dejarse llevar por aquellas corrientes rupturistas, por el contrario, se reafirmó conscientemente en su ideal estético, ligado a la perfección realista y a los grandes valores de la pintura. Si París contaba con una rica infraestructura artística, la situación en Pamplona resultaba antitética, teniendo los artistas que exponer sus obras en los escaparates de los comercios u otros lugares improvisados, el más importante de todos ellos por su oficialidad el Palacio de Navarra.

En este contexto tenemos que ubicar la exposición individual realizada en los salones de la Diputación, del 22 de diciembre de 1915 al 5 de enero de 1916, donde se expusieron 23 obras de distintas temáticas y de gran calidad artística. Estos salones habían sido utilizados como lugar

de exposición con anterioridad, para que los artistas noveles, en periodo de formación y pensionados por la propia Diputación expusieran sus obras. Sin embargo, es en 1915 cuando por primera vez se hace una gran exposición de un artista consagrado, máxime cuando Ciga ya había acabado su etapa de formación y consolidación, en Iruña, Madrid y París e iniciaba su etapa

La exposición en el Palacio de la Diputación era el máximo reconocimiento de la más alta institución en Navarra

Deja constancia de su excelencia pictórica, aunando el naturalismo y elegancia de Velázquez con la captación psicológica de Goya

de madurez. Recientes estaban los triunfos elogiados por la prensa, que no dudaba en calificar que Navarra entera con la obra de Ciga triunfaba en París, no olvidemos que su inclusión en el Gran Salón de Primavera de 1914 –sancta sanctorum del arte a nivel mundial, con su obra maestra *El mercado de Elizondo*, suponía la consagración y la mejor promoción del artista en aquel momento.

La exposición en el Palacio de la Diputación era el máximo reconocimiento de la más alta institución en Navarra; no se quedó a la zaga la prensa, que elogió en sus numerosos artículos la obra de Ciga, haciendo un análisis de la misma. Incluso la importante revista gráfica donostiarra *Novedades* en su nº 344, resaltó la importancia del pintor y su obra.

La exposición, respondía a los dos géneros en los que Ciga brilló con auténtica maestría: pintura costum-

brista o etnográfica y retrato. En cuanto a la pintura etnográfica, destacaron las siguientes obras:

Beitegi, un establo basco, extraordinario juego de luces y sombras, aprendido de la observación directa de las obras velazqueñas. Un potente foco de luz que procede del exterior, al fondo, ilumina toda la estancia creando otras zonas de sombra y de transición a las mismas, representando así el espacio real, con un hábil ejercicio de composición y de cuidado detallismo.

Txakoli, se expuso la obra entera tal y como se presentó a la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid en 1915 y no partida en dos como se encuentra en la actualidad.

Es un ejercicio maestro de perspectiva, composición en grupos perfectamente compensados y juego de luces y sombras. Alterna el preciosismo de algunos detalles, las transparencias del cristal, el brillo de las cerámicas, los rostros perfectamen-



'Elizondoko neskatxak', una de las obras más elogiadas.

Fernández Oyaregui, 'Tellagorri', especialista en Ciga.



te detallados del primer grupo, que contrasta con los rasgos abocetados del segundo.

De rogar por el difunto-Hiletatik, con la iglesia de Elbete al fondo, concentra la atención en el sentimiento de dolor y aflicción contenida en las tres mujeres enlutadas, también visible en la niña cuya mirada conecta con el espectador. Las protagonistas portan mantillas, misales y rosarios, pero de entre todos los elementos destaca por su valor simbólico la *argizaiola*, vela enroscada sobre sí misma que se colocaba en una cesta o en una madera tallada y simbolizaba el fuego del hogar que ahora acompaña al difunto. Sentimiento, hondura y esencialidad recorren y definen esta pintura.

Sagardien-Elizondoko neskatxak, sobre un fondo de paisaje baztanés con un atardecer plomizo. Destacan la lozanía de Eulalia Ariztia y la belleza de Dolores Sánchez. La volumetría de las figuras resalta por el juego de luces y sombras y el realismo de las naturalezas muertas, cestos y manzanas, estas últimas de clara influencia cezariana, aparecen mucho más empastadas y con clara alusión simbólica. En este cuadro, pintura etnográfica, retrato y paisaje aparecen unidos en perfecta simbiosis.

Cabe mencionar su obra *Asilados de Elizondo*, hoy en paradero desconocido y que Selayermacher en 1915 la calificó como brillante ejemplo de impresionismo, colorido y luz. Ciga reproduce aquellas *amatxis* y *aitetxis* que se recogían en la Misericordia de Elizondo, de rostros arrugados, vida difícil, resaltando su gran dignidad moral y esencialidad humana.

En cuanto al retrato, Ciga deja constancia de su excelencia pictórica, aunando el naturalismo y elegancia de Velázquez con la captación psicológica de Goya. En *El Pensamiento Navarro* del 7 de enero de 1916 G.M. escribía un magnífico artículo donde combinaba la crónica con la crítica artística, haciendo un análisis de sus obras y en especial de los retratos, relacionándolos con los grandes nombres de la retratística hispánica. En otro artículo, F.E. no duda en calificarlo como el mejor retratista del renacimiento pictórico vasco.

Se puede advertir gran variedad, desde el retrato infantil, con una magistral expresión de ternura y espontaneidad, como ocurre en *Felitxu* o *Niños de Ariz*, a los grandes retratos de la burguesía de Pamplona en sus estancias familiares, como los *Señores de Ariz*. Mención especial merecen los retratos de

influencia tardorromántica, con contrastes lumínicos tenebristas, entre la negritud de los fondos y trajes oscuros, con la iluminación violenta y directa en los detalles blancos de cuellos, puños, rostro y manos, ejemplo de ello son los retratos de *D. Eugenio Gortari*, *Manuel Salaverri*, *Doña Micaela Karrikaburu* o *los Hermanos Erbiti*.

Una obra muy singular es *Pasionaria*, actualmente desaparecida, ser trata de un retrato simbólico, de una joven hospiciaria que lleva una flor del mismo nombre y cuyo sentimiento de dolor se refleja en su rostro. Por último, recientemente pudimos rescatar un cuadro que durante más de cien años lo dimos por desaparecido, es el retrato de Don José Pérez Ortiz, amigo y también pintor, que nosotros conocíamos como *El Granadino*, es un retrato de factura más moderna, claridad lumínica y de preciosismo en los detalles. Lo retrata con su paleta dando testimonio de su quehacer pictórico, aludiendo a la biografía pintada.

Como culminación a esta magna exposición, se celebró un banquete-homenaje tributado al artista el 14 de enero de 1916. Asistieron las autoridades políticas, culturales y artísticas más importantes del momento. Los discursos tuvieron gran interés, ya que reflejaban la pobreza del panorama artístico en Navarra y la poca protección de las instituciones a los artistas, lo cual fue rebatido por el diputado provincial Sr. Beunza. Al mismo tiempo que se ensalzaba la figura y la obra de Javier Ciga, que era propuesto como ejemplo a imitar.

En 1951, 36 años después, exponía de nuevo en el Palacio de Navarra, al final de su trayectoria artística, y el 13 de enero de 1952 volvía a ser homenajeado con un banquete como colofón a la exposición; era una despedida oficial de Pamplona y Navarra, a las que Javier Ciga tanto amó y tan magistralmente pintó. Murió ocho años después, un frío y nevado 13 de enero en 1960. ●

El autor es secretario de la Fundación Ciga, autor del libro *Javier Ciga pintor de esencias y verdades*.

“Todo Pamplona” desfiló ante la obra del “prometedor artista”

La prensa de la época se volcó en reconocimiento y elogios a quien calificaba de “esperanza para Navarra”

ELIZONDO – “Hoy nos complace mucho poder decir que Javier Ciga está siendo justamente elogiado por todo Pamplona que va desfilando ante su obra interesante y meritísima”. “*Todo Pamplona* (tal cual en cursiva) ha desfilado ante aquellos lienzos”. “Javier Ciga ha obtenido un triunfo importantísimo con su exposición”. La prensa navarra de la época –el próximo martes, 22 de diciembre, se cumplirán cien años– se expresó unánime y se volcó en elogios hacia el “joven pintor” (a la sazón ya tenía 38 años) en un tiempo en el que, a tenor de lo que se cuenta, los espacios y las salas para exposiciones de arte no debían ser muy abundantes.

Al parecer, lo que primaba como nunca eran los actos religiosos (lo de “Pamplona, clima sano: curas en invierno, curas en verano” debía estar en pleno auge), los “horrores de la vituperable tragedia inhumana que asuela Europa” (guerra de 1914-18) y auténticos *sucedidos* de portería y escalera de vecinos que ni en pleno ataque de locura se nos permitiría publicar ahora y que copaban la prensa de entonces. Pero la exposición de Javier Ciga mereció extensas y durante varios días numerosas referencias.

Aquella Pamplona venía de festejar “por todo lo alto” el derribo de la muralla que tuvo lugar el 25 de julio en día “de jubilo extraordinario” con más de 20.000 personas congregadas para presenciar el acontecimiento. La autorización había sido firmada en enero por Alfonso XIII, que, ni de lejos, imaginaba el destino que le esperaba 16 años después cuando en abril decidió hacer mutis por el foro y marchar inicialmente a París.

Tampoco lo sabía Javier Ciga, en otro abril de 23 años después por “auxilio a la rebelión” encarcelado y multado (si te fusilaban también te multaban *a posteriori* por idéntico atropello legal, que está documentado) y donde se iniciaría su declive físico y moral. En lo que cabe, se le reconoció en 1951 y 1952 (nueva exposición y homenaje) pero el daño que se le causó nunca sería reparado.

También aquel año se iniciaba la construcción del crucero *Navarra*, que se bautizaría *Reina Victoria Eugenia* desde su botadura hasta 1931 y *República* desde este año a 1938. Fuera de servicio en 1936 fue reparado por los facciosos sublevados y sobrevivió hasta 1951. Y en Sanfermines la juerga había sido de altura, con presencia de Galli-

to, Gaona, Torquito (que substituyó a Belmonte) y Saleri en las corridas, y desmadrado jolgorio. Los municipales, además de detener a varios carteristas, denunciaron a “una mujer por embriaguez, un vecino de la calle Estafeta por clavar una cabeza de merluza (!) en una puerta, un individuo por mendigar, a otros dos por alborotar y dar al agente nombres falsos y a un sinvergüenza por hacer aguas menores desde el balcón”. Casi como ahora.

LA EXPOSICIÓN Aunque aquí mismo deja Pello Fernández Oyaregui *Tellagorri*, uno de los mejores si no el mejor conocedor de la obra de Javier Ciga, puntual y acertada constancia crítica de aquella exposición, es curioso observar que la prensa de entonces no se pone de acuerdo sobre el número de las pinturas expuestas. *El Pensamiento Navarro* del jocoso “no me sueña” dice que fueron 26 y *el otro* que fueron 23 que se enumeran a continuación:

Núm. 1, *Don Pascual Ochotorena* (retrato). Núm. 2, *Don Simón Garçhitorena* (retrato). Núm. 3, *Pasionaria*. Núm. 4, *Sr. Pérez Ortiz* (retrato). Núm. 5, *Doña Eugenia Aizpun* (retrato). Núm. 6, *Lolatxo* (cabeza de estudio). Núm. 7, *Andrea* (estudio). Núm. 8, *Pelitxu*. Núm. 9, *Niños de Ariz* (retrato). Núm. 10, *Establa Basko*. Núm. 11, *Señores de Ariz* (retrato). Núm. 12, *Andrea*. Núm. 13, *Elizondoko neskatxak*. Núm. 14, *Txakoli*. Núm. 15, *Doña Micaela Karrikaburu* (retrato). Núm. 16, *Hermanos Erviti* (retrato). Núm. 17, *Eulalia* (estudio de cabeza). Núm. 18, *Asilados de Elizondo*. Núm. 19, *De rogar por el difunto*. Núm. 20, *D. Francisco Olaiz* (retrato). Núm. 21, *D. Manuel Salaverri* (retrato). Núm. 22, *D. Eugenio Gortari* (retrato) y Núm. 23, *Estudio de cabeza vasca*.

En lo que sí coinciden es en los elogios y aplausos al “joven pintor que tan rica muestra de su arte nos ofrece” y en cuya visión se afirma haber vivido “varios ratos de delectación espiritual” nada menos, y hasta se le juzga de pintor “ecléctico” y se comenta y aconseja sobre sus caminos artísticos a seguir. Si se dedica al retrato “será un gran retratista y ganará dinero”, pero si ha de ocupar “el puesto eminente a que debe, por derecho, llegar, forzoso es que tome otro rumbo”.

El caso es que Javier Ciga, que ya ha vivido, conocido y estrechado por matrimonio con Eulalia Ariztia los lazos familiares que le unían al Valle de Baztan obtuvo un éxito inenarrable en esta su primera comparecencia pública. Tanto como para hacer entender y sentir que el pintor representa “una esperanza muy halagüeña para Navarra”. – *Lander Santamaría*